



El Rosario – la oración predilecta de María

32



“Las palabras de Isabel a María: ‘Feliz la que ha creído’ se pueden aplicar en cierto sentido también a José... es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios y también en sostener a su esposa en esta fe. Junto con ella, él es el primer depositario del misterio escondido desde los siglos con Dios.”

—Juan Pablo II

Inspiración para muchos...

A lo largo de la historia de la Iglesia, de San Ireneo a San Efrén, de san Basilio a san Francisco de Sales, a Santa Teresa de Ávila, a San Vicente de Paul, pasando por san Agustín, san Bernardo y tantos más, todos se han inspirado en la figura humilde del carpintero, sombra del Padre en virtud de su misión en el misterio de la Encarnación. Y los papas no se quedan atrás para cantar la gloria de San José. (...) Por qué no seguir el ejemplo de Juan XXIII quien declaró con toda sencillez: «A San José, yo lo amo tanto, a tal punto que no puedo comenzar el día, ni terminarlo, sin que mi primera palabra y mi último pensamiento no sean para él».

—Padre José-María Verlinde

“En Octubre realizaré un milagro para que todos puedan creer en las apariciones... San José vendrá con el Divino Niño para traer paz al mundo.”

—N.S. de Fátima al anunciar a Lucía el milagro del sol

“Especialmente los se entregan a la oración deben tener una gran oración a San José, porque no sé cómo alguien pueda pensar en la Reina de los Ángeles cuando sufrió tanto con el Niño Jesús, sin darle gracias a San José por el auxilio que él les brindó. El que no encuentre a alguien que le enseñe a orar, tome a este Santo glorioso como su guía y no perderá el camino.”

—Santa Teresa de Ávila

“Deléitate en el Señor y él dará cumplimiento a los deseos de tu corazón.”

(Salmo 37,4)

La Sombra del Padre

Jesús es el tesoro más grande de Dios, junto con María, Su Madre. Y el Padre quiso preservar a Ambos, enviándoles un guardián: San José. Sí José se convirtió así en sombra del Padre, porque él fue la sombra de Dios Padre para Jesús y María. Fue la cercanía de Dios, el silencio amoroso de Dios, ese amor escondido que –como manantial– brota constantemente y se derrama en su entorno.

José vivió su vida entera con un sólo corazón con Jesús y con María, así se ofreció a Ellos totalmente. Y fue tan particular su actitud, su entrega que, salvando esos primeros momentos de desconcierto ante el embarazo de la Virgen María, se convirtió en el sostén del Hijo y la Madre de Dios.

No sólo protegió al Hijo y a su Madre, trabajó y veló por ellos incansablemente. ¡Quién pudiera penetrar los sentimientos de amor a Jesús y María que deben haber inflamado el justo corazón de San José! ¿Y quién podría enseñarnos mejor a amar a Jesús y a María que José? Santo y bienaventurado también él por haber creído esa anunciación que también él vivió a través de un ángel; “José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mt 1, 20-21)

Durante la Fiesta de la Asunción, el Papa León XIII publicó la encíclica *Quamquam Pluries*. Y escribió: “... ustedes conocen los tiempos en los que vivimos; son poco menos deplorables para la religión cristiana que los peores días, que en el pasado estuvieron llenos de miseria para la Iglesia. Vemos la fe, raíz de todas las virtudes cristianas, disminuir en muchas almas; vemos la caridad enfriarse; la joven generación diariamente con costumbres y puntos de vista más depravados; la Iglesia de Jesucristo atacada por todo flanco abiertamente o con astucia; una implacable guerra contra el Soberano Pontífice; y los fundamentos mismos de la religión socavados con una osadía que crece diariamente en intensidad.”

¿Acaso no nos suena familiar esta situación? ¿Acaso no es la misma situación que viven la Iglesia y el mundo hoy?

León XIII anexó a la encíclica una oración especial a San José, ordenando que fuera añadida al rezo del Santo Rosario cada año en perpetuidad, durante el mes de Octubre.

Tenemos, pues, todas las claves y todas las respuestas para inflamar nuestra devoción a San José. Nuestra Madre del Cielo lo espera de nosotros, desea que veneremos a San José, que nos acerquemos más a él, que imploremos su auxilio e imitemos sus virtudes. Después de todo, San José es también el Patrono del triunfo del Corazón Inmaculado de María.

Me gusta recordar que de San José era muy devoto también el amado Juan Pablo II, quien le dedicó la Exhortación Apostólica *Redemptoris Custos* ... La figura de este gran Santo, aún permaneciendo más bien escondida, reviste en la historia de la salvación una importancia fundamental. Ante todo, al pertenecer a la tribu de Judá, unió a Jesús a la descendencia davidica, de forma que, realizando las promesas sobre el Mesías, el Hijo de la Virgen María puede llamarse verdaderamente «hijo de David».

—Ciudad del Vaticano, 9 de Marzo de 2006